

# **El cooperativismo post-pandémico: nuevo orden desafiante, soberanía alimentaria y muchas yerbas más**

**Por Gerónimo Agustín Antonetti**

Soy argentino, me llamo Gerónimo y me dicen Jerry como sobrenombre. Soy ingeniero agrónomo y enólogo y me dedico a hacer vinos, honestos por sobre todas las cosas. Nací en la Ciudad de Buenos Aires hace 51 años. Estoy confinado en una pequeña bodega en Alto Salvador, un distrito rural de San Martín, departamento de la Provincia de Mendoza, al oeste de mi país, que he adoptado como mi lugar en el mundo, el cual defiendo en todos los órdenes que puedo. El constante andar de mi profesión de base, las situaciones singulares que se me presentan, mi afición a la lectura y una extrema curiosidad por cómo funcionan “las cosas”, me lleva a pensar en tópicos tales, que van desde comer y cocinar, cuidar los hábitos alimentarios, no comer lo que nos dicen que tenemos que comer; pensar en las cadenas de consumo y comercialización, y la elección entre hipermercados y la soberanía alimentaria y autoabastecimiento. ¿Cómo he llegado a pensar en la necesidad de un cambio de episteme? Reflexionando sobre la economía circular.

En consecuencia, también por mi andar, se me presenta el ruralismo y el regreso a las fuentes, al cooperativismo como esencia. ¿Por qué cooperar y no competir? Porque la situación previa a la epidemia global nos ha hecho ver los grandes problemas de inequidad surgidos desde la competencia casi despiadada, que a su vez se vinculan y generan la mentira y el miedo como armas de dominación. Además: el razonamiento de que no se puede hacer desde otra forma a lo que ya hay, el impedimento sistemático como único razonamiento y arma de limitación contra los cambios que se podrían pensar. También nos ha permitido tejer nuevas redes y discusiones de política en las que predominan actitudes como denostar al que piensa distinto, la negativa al consenso o la falacia *ad hominem* como arma favorita; afirmar que la filosofía no sirve para responder esto o que la filosofía es la respuesta. Puntos por los que discurren nuestros pensamientos, diálogos y discusiones, hoy, en el principio, medio o fin de las cuarentenas o aislamientos sociales, ya sean impuestos o voluntarios que llevan incluso, a teorizar sobre la libertad.

Esto es parte, pero no mucho más, es lo que puede verse en las redes sociales de hoy. Esas redes, que tienen como principio conectarnos con los más alejados, los distantes, los que no conocemos muchas veces físicamente, sino a partir de la red que, al mismo tiempo nos limita y nos cierra al contacto cercano, al contacto cara a cara, al emocional, al que me permite escuchar sus silencios en el diálogo, tan importantes como las palabras, leer sus pausas y que me hace intercambiar ideas con un otro, al que difícilmente vaya a conocer en persona. La comunicación sin olores, sin contacto, pero que es más fluida con quien está más a la distancia. Reconozco al otro, pero el otro lejos, no el otro cercano, el otro que me construye, el otro en el que me realizo. ¿Paradojal? Tal vez si, tal vez no. Tal vez, eso sea lo buscado, la destrucción del otro cercano, del vínculo,

para individualizarnos, para hacernos solitarios, pero a la vez, que no lo sentimos como una ausencia, y nos dan a cambio las distancias y los vínculos de la lejanía como únicos. Y en esas redes, con la lejanía, con la distancia de por medio, resuenan estos temas enumerados. ¿Cuál es o sería su significado, regado por las redes y el significado que pudiera llegar a tener todo esto? Infinito: no lo creo.

Por lo anterior, en este texto voy a exponer, por una parte, mi parecer sobre las relaciones sociales y, por otra, sobre las posibilidades del ruralismo como respuesta a la obsolescencia de los modos de relacionarnos; lo anterior desde la desnudez que nos permite o nos obliga la pandemia y el respectivo aislamiento, para intentar aportar a la interrogante sobre un futuro incierto.

Una de las primeras disyuntivas o discusiones es si nuestra circunstancia, es decir, si el mundo tal y como lo conocemos y como funciona o funcionaba hasta la aparición del virus SARS-CoV-2, va a seguir igual o va a cambiar. Ante esto, hay voces para ambas tesis, y defensores y detractores en ambos sentidos. Pero algo surge en un único sentido: su aparición, la del virus, nos marca, nos expone crudamente como sociedad, y nos va a cambiar, mucho o muy poco, pero cambiar, al fin y al cabo. No puede pasar inadvertido. Sería hasta irresponsable de nuestra parte, como sociedad toda, dejarlo pasar inadvertidamente, pues en sí mismo, es una inmensa oportunidad para este siglo XXI. La Covid-19 no puede ser sólo una consecuencia, debe ser también una inducción a algo. Si estamos en el terreno de la nada misma, ese algo, ya es diferente, ni mejor, ni peor, sólo diferente.

Michel Houellebecq (*“Un poco peor”*, mayo de 2020) se presenta con una carta abierta en la que postula la tesis que no va a existir cambio, que todo va a seguir siendo como hasta ahora y, tal vez, un poco peor. Las relaciones humanas, como ya hemos citado, están en decadencia, en órbita de la obsolescencia, desde antes de la pandemia. En este caso, la Covid-19 hace más visible ese hecho, les da el golpe de gracia o acelera el cambio que ya venía y era una realidad, aunque nos negáramos a verlo. Y Zygmunt Bauman (*Modernidad líquida*, 1999, *Amor líquido*, 2000, *Vida líquida*, 2005) ya se había cansado de decirlo, escribirlo y evidenciarlo. Sus postulados van sobre la vida líquida en contraposición a la solidez de las relaciones que podíamos palpar, tocar, modelar, retener; que como lo líquido que se escurre de nuestras manos, ya no podemos contener. Hoy lo estamos evidenciando, porque no nos queda otra posibilidad.

El encierro y el distanciamiento son la aceptación definitiva del colapso del contacto humano tal como lo conocemos y disfrutamos, y es también el fracaso de la reversión, que hemos querido hacer sin frutos visibles. Ese “un poco peor” de Houellebecq es, irónicamente, el aval a toda esta maldita transformación a la que venimos siendo sometidos. Es el golpe final a las relaciones humanas. Puede ser que esta pandemia no sólo sea una batalla más, sino la final o una de las finales y ya hemos sido sometidos al confinamiento y la cibervigilancia. Entonces, no es “un poco peor”, sino algo más mucho más profundo y grave.

Y ese mucho peor, puede traer como respuesta, como reacción en sentido contrario y de igual intensidad: la tentación de irse, de abandonar el sistema. A quienes lo hacían, antes incluso de la pandemia por la Covid-19, se les llamaba

*border*, que estaban fuera de la frontera o línea –*borderline*– aunque no en el sentido estricto de un diagnóstico psiquiátrico, sino para confundirlos con los marginales o, como diríamos por acá, con los *gauchos* (voz sudamericana derivada del francés *gauche*, izquierda), casi denostándolos y haciendo que fuera hasta muy mal visto. Recordemos que en el modelo binarista, la izquierda, lo malo, lo negro, lo frío, lo oscuro y el diablo, están del mismo lado y opuesto a la derecha, lo bueno, lo blanco, lo cálido, lo iluminado y dios. Pero, y he aquí un problema, se corre el riesgo de que la reacción generada o la respuesta que se está gestando, por ejemplo el ruralismo en cuestión, sea tomada por el actual sistema, romantizada y por lo tanto relativizada y puesta dentro del mismo sistema, como uno de sus “límites más alejados”, pero siempre dentro de su órbita y premiso y, podría ser sólo una buena moda pasajera, un mero esnobismo de una década, un devenir “transitorio”, y no un verdadero rechazo al actual sistema y una salida permanente.

Aparece el ruralismo, con voz propia y como alternativa ya viable. Ese ruralismo que es, en esencia, desprenderse de la gran ciudad, del aislamiento que en mayor o menor medida siempre ofrece lo urbano, de la dependencia y del encierro que muchas veces significa la vida rutinaria en la ciudad, e ir simplemente por más calidad de vida. Dejar la plaza o el jardín pequeño como única expresión del verde e ir al campo, verdadero, extenso. Significa revertir lo que hace 200 años empezó con el éxodo del campo a la ciudad, por el advenimiento fabril, la revolución industrial, la necesidad de mano de obra intensiva y en cantidad, y las consecuencias de hacinamiento, explotación y luchas sociales que caracterizaron los finales del siglo XIX y principios del XX en Europa y América. El dominio del vapor, de la energía, del movimiento mecánico, supuso grandes cambios en el comportamiento de la sociedad y en particular en ese migrante, que, de ser en muchos casos autosustentable en su alimentación, pasó a depender de la compra de alimentos manufacturados. Al vivir sin tierra cultivable cerca, dejó de producir sus propios alimentos y tuvo que comprarlos con su salario. La figura de la venta de alimentos terminados empezó a ser necesaria, y transformó la costumbre de cultivar, en la de comprar. Entonces la dependencia se afianzó y con el tiempo la autogestión alimentaria pasó a ser una anécdota familiar del primer migrante, hasta desaparecer por completo en los grandes centros urbanos. Con el “Estado de bienestar” derivado o producto del keynesianismo, aparece la nueva meta, que es el consumo, competitivo y desenfrenado, y que es más que sólo una vuelta de rosca hacia la derecha, en un punto en donde se había creído llegar a un equilibrio algo precario, a una dignidad del asalariado en la ciudad. En esta historia se puede hallar el origen de la presión ocasionada por la alienante carrera del consumo.

Se crean entonces las necesidades inexistentes, manejadas desde la publicidad y su versión de postgrado, el *marketing*, y la monetización del ocio como último gran salto, y que incluye trabajar más, para cobrar más, para pagar por recrearse, por pasear, por salir, por hacer ocio. La producción deliberada de productos de consumo con fecha de caducidad programada, como electrodomésticos o automotores, la carrera de saltos tecnológicos en la electrónica, la telefonía y la computación, siempre en reemplazo y anulando al paso o grado anterior, hacen que sea imposible alcanzar un equilibrio razonable y entonces, o se escapa del sistema, se sale totalmente, o como muy bien

expone y deja en evidencia Byung-Chul Han (*La sociedad del cansancio*, 2010), uno se cansa y se deprime. La nueva y gran epidemia del siglo XXI es a hoy vistas la depresión. La respuesta de salida es el ruralismo.

Con las políticas derivadas del neoliberalismo de los años ochenta, de Ronald Reagan y Margaret Thatcher, difundidas desde la Escuela de Chicago y su “profeta” Milton Friedman, todos ellos aprendices de la Escuela Austríaca de Economía, con sus “baluartes” Friedrich Hayek y Ludwig von Mises, ellos artífices, constructores y defensores de una economía liberal clásica, que derivan en el orden finalmente impuesto por organismos multilaterales como el Fondo Monetario Internacional (FMI), que buscan como meta final el “Estado Mínimo”, no presente, que da intencionalmente de baja a ese presunto o frágil equilibrio encontrado en el Estado de Bienestar keynesiano, que tenía un “Estado Presente” que ajustaba los déficit de la demanda agregada, ante todo esto, el hombre, al que dejan solo, con las reglas que el mercado tiránico en que sea convertido impone, a partir del ruralismo, dice: “voy a estar solo, pero con mis reglas, no con las de ese mercado”. Y entonces, ese movimiento, se torna peligroso, porque ese ciudadano, que todos quieren que esté solo, (Estado reducido y hasta él mismo), pero que a su vez el Estado quiere que siga en su órbita, para recaudar y para que haga funcionar la rueda del hiperconsumo despiadado, le dice “no”, le dice: me voy solo. Entonces tendrá lo mismo que hoy le proporciona el actual sistema: una sanidad mínima, casi paupérrima y si requiere más, debe pagar de su bolsillo un seguro de gastos médicos (conocido en Argentina como “prepaga”) o un sistema que le cobra de acuerdo a la complejidad de la enfermedad y se convierte en una prorrata, una seguridad social mínima, de un sistema solidario que ha sido privatizado en muchos lugares. Además, en pos de una renta para la vejez, se aporta a un fondo de especulación privado, que opera en los mercados de valores con su plata, saca mucha más rentabilidad, que obviamente se la queda y le da una ganancia mínima al aportante y sostén del sistema. Y para colmo se le hace creer que se la cuida y le hace un bien, “el gran favor”. Pasa a ser más importante quien le administra los fondos, que quien los aporta a lo largo de su vida, con su único bien de cambio, su tiempo en el trabajo. Entonces, decide llevar su vida en solitario, para tomar solo sus propias decisiones y bajo sus parámetros, mucho más sana que la que le propone el individualismo, dependiente del neoliberalismo. Eso empieza a encontrar en el ruralismo. Una decisión más directa, compartida, de él y unos pocos más, en un entorno mucho más saludable y en donde las largas cadenas o rutas de decisión, de comercialización, acortan y los esfuerzos y los beneficios se ven y se tocan, porque, o están en él mismo, o en la comuna o entorno directo que lo rodea.

Ese ruralismo es camino de inicio para el autoabastecimiento de alimentos, que a su vez incluye la calidad y la real necesidad de los mismos. Comer lo que realmente necesitamos y no comer lo que nos dicen que comamos, porque, o lo producen en gran cantidad o les da la mayor rentabilidad a las corporaciones que lo producen. Caso típico: “Cereales en caja. Kellogg’s”. Al respecto hablan Naomi Klein (*No Logo*, 2001) y Felicity Lawrence (*Quién decide lo que comemos*, 2009). Al no ser alimentos sobre-elaborados o ultra-procesados los que propone el ruralismo, ya sea porque no hay necesidad de una conservación extensa o una gran logística de transporte, uno se encuentra con un alimento más cerca de

la base de la pirámide de producción, de una mayor diversidad genética, de una sanidad distinta, sin la presencia de los agroquímicos sintetizados y casi determinantes, sino más bien formulaciones sencillas, menos comerciales, apelando a la diversidad genética, a la rotación de cultivos y al equilibrio biológico o control biológico de plagas, y a un nivel de daños en equilibrio o un umbral de daño económico más alto o amplio. Eso lleva un ritmo distinto de consumo de insumos, por ejemplo, reduciendo costos y, sobre todo, la dependencia de fitosanitarios y agroquímicos en general. Deja de primar la economía de escala para, supuestamente, bajar costos y más acertadamente de maximizar los beneficios, hacia una más moderada economía de sustentabilidad y bienestar. Haciendo de la agricultura, que siempre fue inclusiva del ser humano, nuevamente su actividad de sustento y deja de ser esa agricultura excluyente, selectiva, de muy pocos actores y grandes ganancias para unos pocos, rigiendo el negocio por sobre la calidad alimentaria y constituyéndose lisa y llanamente en agricultura, y no en simple industria de la alimentación.

Ese ritmo y producción de alimentos también trae aparejado una comercialización distinta. Las grandes superficies conocidas hoy como hipermercados o supermercados, que rigen la comercialización de alimentos, constituidos hoy en grandes agentes financieros, que ganan más con las tarjetas de crédito que ellas mismas generan, que con la venta de los alimentos en sí, y que por lo tanto no es el interés mayor la calidad alimentaria o la necesidad o el real aporte de componentes alimenticios, sino la rentabilidad derivada de la financiación del consumo al comprador, y entonces es más productivo inducir a su consumo, más por rentabilidad que por beneficio nutricional.<sup>1</sup> En esa vorágine nos encontramos hoy. Y la comercialización cooperativa, directa, del productor al consumidor, producciones en baja escala, diversas y complementarias, con muchísimos más actores directos vinculados, o sea más productores directos que acercan sus artículos a aquellos que no lo pueden hacer por falta de espacio o conocimiento, pero que buscan mejores ofertas de valores nutricionales, de calidad, se vinculan, en el ámbito del mercado, conceptual y físico, la plaza, en donde, lejos de tiranizar la oferta y de especular con ella, se busca la sostenibilidad de los dos actores, vendedores y compradores, en equilibrio necesario.

Los primeros esbozos de este tipo de comercialización, también traen fuertes oposiciones. Por ejemplo: “de esa forma es imposible llegar a todo el mundo, como actualmente se hace”. Bien. Vamos a desglosar esa oposición. En principio, el actual modelo dice llegar a todo el mundo, pero, ¿qué es “todo el mundo”?, solamente aquellos que tienen poder adquisitivo para comprar y medios para llegar a donde se encuentra la oferta; entonces “todo el mundo”, no lo es. Hoy no se llega a todo el mundo, si no, no se registrarían muertes por hambre. Es decir, la situación hoy no es perfecta ni ideal y la mención que es imposible hacerla de otra forma que no sea la actual, es falsa, dado que ni siquiera se cumple el propósito de llegar a todos.

---

<sup>1</sup> El caso de la tarjeta del hipermercado Carrefour fue ampliamente comentado en los medios de información argentinos en principios del 2020 y es semejante al de muchas tarjetas de crédito emitidas en México.

Otra crítica al ruralismo es que “es imposible llegar a todos los puntos de las grandes ciudades”. Pero eso tampoco es posible hoy, habiendo bolsones de pobreza en todas las ciudades, del color político que sean. Entonces, la autosustentabilidad si se busca implementar en los bolsones de pobreza y se complementa con la oferta cooperativa, de productores cercanos, con bajos precios y ofertas alimenticias mejores y amplias, es una excelente estrategia para mejorar la situación, lo que no es factible por el método actual que implica que una gran boca de ventas inaugure un local en la zona pobre, cosa que no se hace, ni se ha hecho y menos lo van a hacer. Entonces, además de no hacerlo, no dejan hacer otra cosa. Ellos, los grandes supermercadistas-inmobiliarios, aducen problemas de violencia, saqueos, pero si la gestión de la venta es de los propios interesados, la cosa cambia sustancialmente. Además, uno de los fines siempre aparejados de la gran boca comercial es el tema inmobiliario. En este caso, no hay ambición inmobiliaria y la cosa es mucho más clara.

Seguimos con oposiciones. “Que las cantidades de alimentos necesarios por día son tan grandes para los 7.500 millones de habitantes actuales, y que, sin la eficiencia actual del sistema, con la cantidad de suelo disponible y el agua disponible, es utópico pensar en alimentar a toda la humanidad”. Bien, es el concepto que más fuerza podría llegar a tener. Pero adolece de supuestos que no son tan firmes. El primero, que hoy no se abastece a toda la humanidad. Eso es claro, ya lo dijimos y entonces hay que hacer algo para cumplirlo. No se hace. Hay hambre actualmente. No es un dato histórico. El actual sistema, por más perfecto que lo quieran presentar, no lo cumple. Segundo, el supuesto de eficiencia, no es tal como se debe aplicar a la agricultura de autosustento, porque no busca grandes rendimientos o extrema calidad, ya sea para transporte, conservación o exhibición en los puntos de ventas, ya que desperdicia mucho menos, aprovecha más, ya sea por aceptar un umbral de daño económico por plagas mucho más alto, por hacer un uso más racional de suelos y poner en juego otros suelos que hoy, bajo los parámetros de eficiencia no se ponen en cultivo, por la imposibilidad de mecanización de pequeños terrenos, tal cual está hoy planteada, y la necesidad de grandes extensiones, donde la ecuación costo de mecanización funcione. Es decir, muchas familias en pequeños terrenos pueden hacer lo mismo que en el caso de hacerlo por medio una gran empresa, solamente que sí o sí necesita una mayor infraestructura, de terreno y máquinas, para que esa misma cantidad producida, sea compensatoria de esa gran inversión empresarial, que las familias no tienen necesidad de hacer. Con lo que el supuesto de la eficiencia, no sería tan fuerte e imbatible. Obviamente, si los únicos filtros de evaluación para aplicar al ruralismo y la cooperación en la comercialización, son los surgidos de la propia actividad tal cual está hoy planteada –el modelo vigente- va a ser muy difícil su correcta evaluación y apreciación. Pero cuando a la misma actividad actual se le exigen parámetros más amplios para su evaluación, más desde una mirada global, de equilibrio, entonces ahí, la tónica del análisis es ahora más parecida y es allí, donde el modelo actual es realmente sometido a tensión y debate, y sin mediar un complejo blindaje mediático, las soluciones propuestas pueden ser finalmente bien analizadas y por lo tanto, estar más al alcance de la mano de lo que nos hacen pensar actualmente. Esta pandemia, esta pausa, infundada, provocada o

no, puede ser una llave de inicio, o puntapié inicial, para trabajar en la teoría de supuestos que son sistemáticamente ignorados o despreciados.

Como podemos ver, los argumentos no son invalidantes, y como en los sistemas hay cosas por hacer, y el actual ya ha tenido su oportunidad y no cumple, es lógico que se piense en uno nuevo, distinto, que busque hacer las cosas que el actual, ya agotado, no consigue realizar. A mi entender y punto de vista, es más importante mantener los bancos de germoplasma, con la gran oferta genética que tenemos, propagarla y trabajarla, con un marco muchísimo mayor de productores, que confiar la suerte al manejo de pocas variedades modificadas genéticamente, con patente o *royalties* de unas pocas grandes empresas, llegando casi al cultivo de monoespecies, con todos los problemas ecológicos y peligros que ello acarrea, conocidos y aceptados, para los cuales se despliega una enorme batería de fitosanitarios que hacen más grande y lucrativa la agricultura y además, terminan siendo dependientes de empresas multinacionales, mismas que en muchos casos son supra-gubernamentales, es decir, están por sobre gobiernos de países no desarrollados, en cuanto a poder económico y movimiento de divisas, muchas veces mayor que varios PBI de muchos países. Es decir, los riegos son muchos más altos en el sistema actual, por más que se quiera minimizarlos retóricamente.<sup>2</sup>

Aportamos un análisis de esto expuesto, desde la genética. El concepto de resistencia de las plagas es, de forma correcta, que no se genera la mutación por el uso del insecticida, o sea que la hayamos provocado directamente, sino, que el uso del insecticida hace que encontremos una mutación ya hecha por el azar. Es decir, se generó al azar y nosotros ejercimos una selección y no elección, por la cual le abrimos el camino a ese patógeno mutado que ahora, no tiene el control biológico de sus otras formas y entonces el sustrato alimenticio sobre el cual se desarrolla es explotado y aprovechado únicamente por él. Entonces, se constituye en plaga, cuando antes no lo era, ya que no tiene oposición. ¿Qué hicimos? la incidencia nuestra le allanó el camino, rompiendo el equilibrio biológico antes existente. Es por ello que la utilización de técnicas menos específicas y más generalistas, junto con umbrales de daño económico más amplios y más lógicos y la amplia variabilidad genética existente pueden llevarnos a una agricultura más inclusiva y menos excluyente que el actual modelo.

Aquí podríamos aplicar un concepto de perspectiva. Presentamos el caso de alimentación y lo observamos con la perspectiva que nos otorga o nos permite el sistema actual. Y en esa misma perspectiva, tratamos de ver que hay supuestos planteados, que no son condición única y que tienen errores. Y eso nos permite, o más bien nos habilita a cambiar la perspectiva de la foto tomada, e implementar cambios como el propuesto. La forma en la cual desarrollar y contar la noticia o el hecho o presentar el problema como en este caso, es la perspectiva y es lo que vemos finalmente y sobre lo que analizamos. Sobre eso que vemos, emitimos un juicio categórico, “sí, yo lo vi; es cierto, es así; no hay otra forma posible”. La falta de una visión amplia, de múltiples interpretaciones y

---

<sup>2</sup> Entiéndase que el uso de “países no desarrollados y PBI”, se hace para usar la actual e impuesta norma de denominación y clasificación, pero no se comparte ni sus fundamentos y menos sus resultados.

sobre todo, de pensamiento crítico, hace que creamos que es no posible el cambio.

Y eso tiene orígenes en la educación. La gran mella, daño, marca, ha sido y sigue siendo ejercida desde la educación, desde la formación. Y la lectura es uno de los puntos clave. Es cierto, la falta de lectura es cada vez mayor. Al no leer, tampoco se escribe y entonces, cada vez más la imagen invade los textos, con los emoticonos, por ejemplo. La vagancia por leer y escribir, lleva a la supremacía de la imagen. El reemplazo de la palabra por la imagen. Y es ahí, donde fácilmente se realiza la manipulación, ya sea con la perspectiva, con la edición y entonces, el resultado es un juicio categórico: “yo lo vi, es así”, plagado de errores y sobre todo de desinformación, por efecto de la manipulación o hasta de *fake-news*. Lo que se ha ido perdiendo y es vendido como crisis por el periodismo mercantilista, que obviamente saca provecho de la “defensa mediática pagada” del bando del poder, es lo que hace que el hombre quiera alejarse del sistema, en el cual no lo dejan participar, le ocultan la posibilidad de informarse para opinar y cuando lo hace, en disidencia o en la postura diferente a la que quieren imponer, lo bombardean con falacias *ad hominem*, la herramienta preferida de las redes sociales para la difamación y el desinterés por el intercambio provechoso de ideas. Llega al nivel de fanatismo y entonces, da más sustento al querer irse del sistema, y optar por el ruralismo y la cooperación estrecha.

La economía circular y el reciclado de elementos tecnológicos para no empezar la producción de cero de un teléfono o un automóvil sino actualizarlos, es una postura muy interesante que evita el consumismo desmedido y la productividad de ello derivada. La adaptación y reutilización de partes estructurales de un auto o de un teléfono serían un gran paso, por ejemplo. Sin embargo, es necesario entender al auto o al teléfono, eso, auto y teléfono y no medidor o exhibidor de un innecesario nivel, éxito o estatus, una competencia sin razón, sino unos medios tecnológicos pensados para acortar las distancias, facilitar las comunicaciones, hacerlas más rápidas y sobre todo ayudarnos; no como hoy, que parecen cobrar vida y ser metas y realizaciones de millones de individuos y fuente de ganancia intencionada de unos muy pocos.

En síntesis: la post-pandemia debería conducirnos a una sociedad más justa, con debates que busquen la construcción de consenso y no la imposición forzosa como hasta ahora, con un rescate y afianzamiento de ruralismo, con mayor cooperación, que eligiendo lo mejor creado hasta ahora por el hombre, lo usemos para lo que fue ideado, sea esto objetos o sistemas de todo tipo, y dejemos definitivamente aquello que no nos hace superarnos como humanos, sino que sólo hace que algunos pocos desarrollen poder y dominio sobre el resto.

Y ese camino, depende de nosotros. Nuestra es la lucha y nuestro es el resultado.

San Martín, Mendoza, República Argentina,  
Mayo de 2020, año de la pandemia.